

CAPITULO VII.

Muda de amo Gil Blas, y va á servir á Don Gonzalo Pacheco.

Tres semanas despues del casamiento, queriendo mi ama recompensar mis buenos servicios, me regaló cien doblones, y me dixo: Gil Blas, yo no te despido de mi casa; puedes mantenerte en ella todo el tiempo que quisieres; pero sábete que Don Gonzalo Pacheco, tio de mi marido, desea mucho tenerte en la suya para su ayuda de cámara. Hábléle de tí tan ventajosamente que me pidió te persuadiese á que vayas á servirle. Es un señor ya entrado en dias, pero de bellissimo carácter, y estoy persuadida á que te irá muy bien con él.

Dí mil gracias á mi señora por lo mucho que me favorecia, y la dixé, que ya que su Señoría no necesitaba de mí, y gustaba de que fuese á servir al señor Don Gonzalo, estaba pronto á complacerla, particularmente quando tenia la honra y el consuelo de quedarme dentro de la familia. Fuí, pues, una mañana de parte de la novia á casa de dicho señor, y me presenté á él. Halléle todavia en la cama, aunque era cerca de medio dia. Entré en su quarto, y ví que estaba tomando un caldo que le servia un pa-
ge.

ge. Tenia el buen viejo bigotes á la papillota, ojos undidos y casi apagados, semblante descarnado y macilento. Era de aquellos solterones que habiendo gozado del mundo á toda satisfaccion en la mocedad, no son mas contenidos, ni están ménos dominados de sus antiguas pasiones en la vejez. Recibiómé con mucho agrado, y me dixo que si le queria servir con el mismo zelo con que habia servido á su sobrina, haria él solo mi fortuna, y esperaba que no tendria motivo para arrepentirme. Ofrecíle no aplicarme con menos atencion á desempeñar mi obligacion en su servicio que lo habia hecho en el de mi ama, y desde aquel mismo punto me admitió en su casa, contándome en el número de sus criados.

Y éteme ya aquí con un nuevo amo, el qual sabe Dios qué hombre era. Quando le ví saltar de la cama me pareció que estaba viendo la resurreccion de Lázaro. Figúrese el lector un cuerpo tan seco y tan enjuto que, si se le viesé en cueros, seria el esqueleto mas perfecto y mas á propósito para que un anatómico aprendiese la osteologia. Las piernas eran tan sutiles que, aun despues de tres ó quatro pares de calcetas y medias unas sobre otras, parecian dos bastones de negrillo, á quienes servian de nudos las pantorrillas. Para mayor gracia era asmática aquella momia viviente, acompañando con una tos cada palabra. Luego que se puso su bata pidió chocolate; tomóle, y habiendo mandado despues que le traxesen papel y tinta, escri-
TOMO II. N bió

bió un billete, que entregó al page que le habia servido el caldo, para que le llevase á su destino. Apenas partió éste, quando volviéndose á mí, me dixo: amigo Gil Blas, de aquí adelante has de ser tú el confidente de mis comisiones, particularmente las relativas á una cierta Doña Eufrosia, que es una damita jóven y bella, á quien sirvo y tiernamente amo, siendo de ella con igual ternura amado y correspondido.

¡Santo Dios! dixé prontamente á mi capote, ¿y cómo podrán los mozos no creer que son amados, quando está persuadido á que es idolatrado este viejo podrido, carcuezo y cazcarriente? Mañana, prosiguió el presumido Matusalen, irás conmigo á su casa, porque casi todas las noches ceno con ella. Quedarás admirado quando veas su modestia y compostura. Léjos de imitar aquellas atolondradas que se pagan de la juventud y se prendan de las apariencias, ella, que en medio de su florida edad es de entendimiento claro y de juicio maduro, no busca en los hombres galanterias ni palabras, sino el buen modo de pensar, y prefiere los que saben amar á los que solo saben fingir y en morarse de sí mismos. No limitó á solo esto el señor Don Gonzalo el panegirico de su dama: empeñose en persuadirme que era un compendio de todas las perfecciones, pero encontró con un oyente difícil en dexarse convencer. Despues de haber cursado en la escuela de las comediantas, y sido testigo ocular de todas sus maniobras,

nun-

nunca creí que los viejos fuesen muy afortunados en amor. Sin embargo, solo por complacerle fingí que le creía, y aun hice mas, pues no solo alabé el discernimiento y el buen gusto de Doña Eufrosia, sino que me adelanté á decir que tampoco ella podria encontrar otro sugeto mas amable. El buen hombre no conoció el incienso con que yo estaba regalando á sus narices; antes por el contrario se persuadió á que todo quanto le decia era oro puro. Tanta verdad es, que nada se arriesga en adular á los grandes, porque se tragan como si fueran confites las lisonjas mas groseras y mas empalagosas.

Despues de esta conversacion comenzó el viejo á arrancarse con unas pinzas muy delicadas algunos pelos blancos de la barba, y se lavó con agua caliente los ojos, que estaban cargados de lagañas. Lo mismo hizo con los oidos, las manos y la cara. Concluidas sus abluciones se tiñó de negro el bigote, las pestañas y las cejas, gastando en el tocador mas tiempo que una viuda vieja, empeñada en desmentir, ya que no pueda reparar, el estrago que hicieron los años en su semblante. No bien habia acabado de vestirse y de remozarse (á lo que á él le parecía) quando entró en su quarto el Conde de Azumar, que era amigo suyo y tan viejo como él, pero muy diferente en todo lo demas. Este traia sus venerables canas descubiertas, se apoyaba sobre un baston, y parecia hacer alarde de su misma respetable ancianidad. Amigo Pacheco, dixo luego que entró, vengo

N 2

á

á que me des de comer. Bien venido, Conde, le respondió mi amo, y al mismo tiempo se abrazaron, y comenzaron á hablar miéntras se hacia hora de sentarse á la mesa. Al principio rodó la conversacion sobre una corrida de toros que pocos dias antes se habia celebrado. Hablaron de los picadores y caballeros en plaza que habian mostrado mayor destreza y valor. Sobre esto el viejo Conde, á manera de aquel otro Nestor, á quien todas las cosas presentes le servian de ocasion para alabar las pasadas, dixo suspirando: ya no se usan hoy los hombres que se veian en otros tiempos. Ni los toros, ni los torneos se hacen con aquella magnificencia con que se hacian en nuestra mocedad.

Yo me reia interiormente de la ridícula prevencion del Señor Conde de Azumar, tan general en casi todos los viejos; pero su Señoría no se contentó con aplicarla únicamente á los toros y á los torneos. Quando se sirvió la fruta en la mesa tomó una pera en la mano, y dixo mirándola y remirándola: en mi tiempo eran mucho mayores las peras, porque al fin el tiempo todo lo gasta, ó todo lo disminuye: la naturaleza se debilita cada dia. Segun eso (replicó mi amo) las peras en tiempo de Adan serían de grandísimo tamaño.

Detúvose el Conde de Azumar con Don Gonzalo hasta cerca de la noche. Luego que se desembarazó de él salió de casa, diciéndome que le acompañase. Fuímonos derechos á casa de Eufrasia, distante como cien pasos de la nuestra.

tra. Encontrámosla en un quarto alhajado con mucho primor. Estaba vestida de gala, y representaba un ayre de tan florida juventud, que casi parecia niña, sin embargo de que ya llegaba á los treinta. Podía pasar por linda, y desde luego admiré su entendimiento. No era de aquellas cortesananas que brillan por su loquacidad, por su desembarazo y por su desenvoltura. Tanto en sus acciones como en sus discursos sobresalia en ella el juicio, la modestia y la penetracion. Sin afectar ingenio se echaba de ver en todo lo que decia. ¡Oh cielo (exclamé yo dentro de mí mismo) es posible que pueda ser disoluta una muger al parecer tan reservada! Y es que vivia yo persuadido á que necesariamente habia de ser desahogada toda dama cortesana. Admirábame aquella aparente modestia, sin hacer reflexion á que las tales princesas saben acomodarse á todos los genios, conformándose al caracter de los ricos y señores que caen en sus manos. Gustan unos fuego, viveza y atolondramiento; pues con estos serán intrépidas y casi locas. Si agrada á otros el sosiego y la compostura, siempre las encontrarán con un exterior tranquilo, modesto y virtuoso. Verdaderos camaleones: mudan de color segun el genio y humor de las personas que tratan.

No era Don Gonzalo del gusto de los que tienen muy en gracia las mugeres de modales libres; antes bien no las podía sufrir; y para que le agradasen era menester tuviesen un cierto

ayre de Vestal. Asi, pues, Eufrasia se gobernaba por esta regla, y hacia ver que habia muchas comediantas, fuera de aquellas que representaban en los teatros. Dexé á mi amo con su ninfa, y yo me fuí á una sala, donde me encontré con una criada vieja, que yo habia conocido sirviendo á una comedianta. Ella tambien me conoció inmediatamente, y me dixo: ¿aquí estás, amigo Gil Blas? ¿quién te traxo acá? Segun eso dexaste el servicio de Arsenia como yo dexé el de Constanza. Asi es, respondí yo: mucho tiempo ha que le dexé, y despues entré á servir á una dama de distincion, porque la gente de teatro no me acomodaba. Yo mismo me despedí, sin dignarme decir á Arsenia ni una palabra. Hiciste muy bien, me respondió la vieja, y poco mas ó menos lo mismo hice yo con Constanza. Una mañana lá dí mi cuenta luego que me levanté. Ella me la recibió sin decirme una palabra, y de esta manera nos despedimos, como dicen, á la Francesa.

Mucho celebro, repuse yo, que tú y yo nos hallemos sirviendo á gente honrada y distinguida. Doña Eufrasia muestra bien que es persona honrada, y parece señora de admirable caracter. No te engañas en tu juicio, respondió la Beatriz (que asi se llamaba la vieja). Mi ama es una muger bien nacida; y por lo que toca al genio será difícil hallar otra mas sosegada, mas dulce, ni mas apacible. No es de aquellas amas impetuosas, altivas, y difíciles de contentar, que nada les gusta, que en todo encuen-

tran

tran que decir, gritan sin cesar, atormentan á todos los criados, y es un infierno el servirlos. Hasta ahora no la he oído gritar siquiera una sola vez. Quando hago alguna cosa que no la gusta, me lo advierte con mucha paz, sin honrarme jamás con aquellos epitetos y palabras, de que son tan liberales las mugeres coléricas y soberbias. Tambien mi amo, repliqué yo, es un señor muy pacífico, y humanísimo con todos: por lo que toca á esto, vos y yo estamos mejor que quando estábamos con los comediantes. Mil veces mejor, repuso Beatriz. Yo tengo ahora una vida muy retirada, quando la de entonces era tan tumultuosa. En nuestra casa no entra otro hombre que el Señor Don Gonzalo, y en esta mi amada soledad tendré yo el grandísimo gusto de no ver tampoco otro que á tí. Tiempo ha que te miraba con buenos ojos, y mas de una vez tuve envidia á Laura porque eras tan amigo suyo. Pero en fin no desconfio ser tan dichosa como ella; pues aunque no tenga su juventud ni su hermosura, en punto á fidelidad no la cedo á la mas fiel y amorosa tortolilla.

Como la buena Beatriz era una de aquellas tantas que se ven obligadas á brindar con sus favores, porque sin eso ninguno los pretenderia, no tuve la menor tentacion de aprovecharme de su generosidad: pero tampoco me pareció conveniente hablar de manera que pudiese aprender que la despreciaba; ántes bien tuve la advertencia de responderla en términos que no per-

perdiere la esperanza de reducirme á corresponderla. Lisonjeábame ya con la persuasion de haber conquistado á lo menos una vieja tercera; pero tambien me engañé miserablemente en esta ocasion. Galanteábame ella, no ya por mis bellos ojos, ni por mi linda cara, sino para empeñarme en los intereses de su ama, á quien tenia tanto amor, que á ningun medio perdonaba quando se trataba de complacerla y de servirle. Reconocí mi error la mañana siguiente, en que fuí á entregar á Doña Eufrasia un billete amoroso de mi amo. Recibióme aquella dama con la manera mas afable y mas graciosa del mundo. Díxome mil cosas cariñosas; y la criada quiso tambien tirar su pincelada en mi elogio. Al oír á las dos, mi amo poseia un tesoro en mi persona. A una la encantaba mi fisonomía; otra descubria en mis palabras un fondo de penetracion y de prudencia, que verdaderamente la admiraba. Desde luego penetré todo el fin de aquellos encarecimientos; pero los oia con una aparente simplicidad que remedaba á la perfeccion todo el candor de un ánimo sencillo é inocente; con cuyo artificio engañé á las que pensaban haberme engañado; y en este errado concepto se quitaron en fin la mascarilla.

Ea, Gil Blas, me dixo Doña Eufrasia apretándome la mano: en tu arbitrio está hacer tu fortuna. Obremos todos de concierto, amigo mio. Don Gonzalo es viejo, su salud muy delicada; una calenturilla ayudada de un buen Médico basta para echarle á la sepultura. Aproveché-

chémonos bien de los pocos momentos que nos restan, y gobernémonos de manera que me dexé á mí la mejor parte de sus bienes. A tí te tocará una buena porcion, asi te lo prometo, y puedes contar sobre mi palabra, como pudieras contar sobre una escritura otorgada ante todos los Escribanos de Madrid. Señora, la respondí, disponga Vmd. á su arbitrio de este su fiel servidor. Solamente la suplico que me diga lo que debo executar, y lo demas dexelo de mi cuenta, que espero se dará por bien servida. Pues ahora bien, repuso ella, lo que has de hacer es observar cuidadosa y diligentemente á tu amo, y darme razon puntual de todos sus pasos. Quando hables con él procura con arte que recaiga la conversacion sobre las mugeres, y toma de aquí ocasion para con destreza y con maña decirle mucho bien de mí. Tu mayor estudio ha de ser el tenerle siempre ocupado de su Eufrasia en quanto te sea posible. Espía con sagacidad si algun pariente suyo le hace la corte con el ojo á su herencia, y avísame sin perder instante de tiempo: yo los echaré á pique. Tengo muy conocidos los diferentes genios de la parentela de tu amo: sé el modo de hacerlos ridículos; y ya lo he desviado de sus primos y sobrinos.

Por esta instruccion, y por otras que añadió Eufrasia conocí que era una de aquellas damas que solo se dedican á viejos generosos y liberales. Pocos dias antes habia obligado á Don Gonzalo á vender no sé que posesion, cuyo

dinero la regaló. Todos los días le chupaba alguna cosa, y además de eso esperaba que no la olvidaría en su testamento. Mostréme muy empeñado en hacer todo lo que me pedía; mas por no disimular nada, confieso que quando volvía á casa, iba muy dudoso sobre el partido que debía tomar en aquel descubrimiento; si el de aprovecharme de él para engañar al viejo, ó para desviarle de aquella falaz muger. Este último me parecía mas honrado que el otro, y me sentia mas inclinado á cumplir con mi obligacion, que á engañar á mi amo. Consideraba por otra parte, que en suma nada de positivo me habia ofrecido Eufrasia, y quizá por esto mas que por otro motivo, no pudo corromper mi fidelidad. Resolví, pues, servir con zelo á Don Gonzalo, persuadido á que si lograba desprenderle de su ídolo, sería mejor recompensado por una accion tan honrada, que por la otra; pues al cabo era ruindad, y éstas nunca aprovechan.

Para lograr mejor el fin que me habia propuesto, fingí sacrificarme enteramente al servicio de Doña Eufrasia. Hícela creer que continuamente estaba hablando de ella á mi amo, y sobre este supuesto la embocaba mil patrañas, que la pobre creía como otros tantos Evangelios: artificio con el qual me interné tanto en su confianza, que me contaba por el mas ciegamente empeñado en promover sus intereses. Para mayor abundamiento aparenté tambien estar enamorado perdido de Beatriz, la qual es-

taba tan desvanecida con la conquista de un mozo ni zurdo, ni tuerto, ni corcobado, que no se la daba un pito de que la engañase, con tal que la engañase bien. Quando mi amo y yo estábamos con nuestras dos reynas, representábamos dos pinturas diferentes, pero ambas en el mismo gusto. Don Gonzalo seco y pálido, como ya le he retratado, parecía un moribundo en agonía quando miraba á su Filis con ojos lánguidos, dulces y amorosos. Mi Nise, siempre que yo la miraba apasionado, remedaba los melindres y acciones de una niña, poniendo en movimiento todos los registros de una truaña vieja y bien amaestrada. Conocíase que habia cursado estas escuelas por lo menos unos buenos quarenta años. Habíase refinado en servicio de una de aquellas heroínas del partido, que saben el secreto de hacerse amar hasta la vejez, y mueren cargadas con los despojos de dos ó tres generaciones.

No me bastaba ya con ir todos los días á casa de Eufrasia con mi amo: muchas veces iba solo, particularmente de dia; y á qualquier hora que fuese, nunca encontraba en ella á hombre, ni menos á muger alguna que me diese malas sospechas, ó modo de descubrir en Eufrasia el menor indicio de infidelidad. Esto me causaba no poca admiracion, porque no acertaba á concebir cómo pudiese ser tan escrupulosamente fiel á Don Gonzalo una muger joven y hermosa.

Pero en esta admiracion no habia juicio alguno temerario, pues la bella Eufrasia, para

hacer mas tolerable el tiempo que tardaba en heredarle , se habia proveido de un amante mas proporcionado á su lozanía , y mas conforme á sus años.

Cierta mañana muy temprano fuí á entregar un billete á la tal niña de parte de mi amo, segun la diaria costumbre. Hízome entrar en su quarto , y descubrí en él los pies de un hombre que estaba tras de una tapicería. No dí la mas mínima señal de que le veia ; y asi que desemeñé mi encargo , salí sin dar á entender haber notado cosa alguna , pero aunque no debia sorprenderme este objeto , y mas quando en nada me perjudicaba á mí , no dexó con todo de agitar-me mucho. ¡ Ah malvada ! (decia yo con enfado). ¡ Ah traidora Eufrasia ! No te contentas con engañar á un buen viejo , haciéndole creer que le amas , sino que te abandonas á otro amante para hacer mas abominable tu villana traicion. Pero muy necio era yo en discurrir de esta suerte. Quizá hubiera hecho mejor en no hablar palabra , que en servirme de esta ocasion para acreditar-me de buen criado , agradecido al pan que comia. Pero en vez de moderar mi zelo entré con mayor calor en los intereses de Don Gonzalo , y le hice fiel relacion de lo que habia visto ; añadiendo ademas que Doña Eufrasia habia solicitado corromper mi fidelidad , en cuya prueba le conté de pe á pa todo lo que me habia dicho ; de manera que seria un grandísimo mentecato si no venia en conocimiento del verdadero caracter de su alevosa enamorada. Hízome

me mil preguntas , como dudando de lo que le decia ; pero mis respuestas le quitaron toda duda. Quedó atónito y asombrado de lo que habia oido ; y sin que le sirviese en este lance su ordinaria serenidad , se asomó á su semblante un repentino ímpetu de colera , que podia parecer presagio de que Eufrasia no seria impunemente infiel. Basta , Gil Blas (me dixo) : quedo sumamente agradecido al zelo y al amor que muestras á mi servicio : agrádame infinito tu honrada fidelidad. Desde este mismo punto parto á romper para siempre con Eufrasia , y á decirla lo que merece su fingimiento y su torpe engaño. Diciendo esto salió efectivamente , y se fué derecho á su casa , no queriendo que le acompañase yo , por librarme de la mala figura que habia de hacer si me hallase presente á la averiguacion de aquellos hechos.

Miéntas tanto quedé esperando con la mayor impaciencia que se restituyese á casa. No dudaba que á vista de tan poderosos motivos echaria á pasear á su ninfa , sucediendo una justísima aversion á un amor tan mal correspondido , y á un desengaño tan visible un eterno rompimiento. Con este alegre pensamiento me estaba lisongeando , y me daba ya á mí mismo el parabien del buen efecto que habia producido mi honrado y zeloso aviso. Parecíame estar oyendo ya las gracias que me daban todos los parientes de Don Gonzalo , por haber sido la causa de que éste abandonase en fin una pasion tan vergonzosa á su persona , y tan contraria á los

los intereses de aquellos. Figurábame que todos se me confesarían obligados, y me distinguirían entre el vulgo de los criados, mas dispuestos por lo comun á lisongear á sus amos, fomentando sus desórdenes, que á ponerles á la vista el desengaño para retirarlos de ellos. Por entonces era mi ídolo el honor, y me empabonaba ya mirándome como el corifeo de todos los sirvientes. Estando embelesado en tan alegres pensamientos, volvió mi amo, y me dixo: amigo Gil Blas, acabo de tener una conversacion muy viva con Eufrasia. Llaméla ingrata, leve: llenéla de improperios; ¿pero sabes lo que me respondió? que hacia mal en dar crédito á criados: sostiene fuertemente que me has hecho una relacion falsa desde la cruz hasta la fecha. Si he de creerla, eres un solemnísimo embustero, un criado vendido á mis sobrinos, por cuyo amor no perdonas á medio alguno para ponerla mal conmigo. Yo mismo la ví derramar un torrente de lágrimas, todas verdaderas, que anegaban su semblante, interrumpian su respiracion, y á mí me pasaban el alma. Juróme por lo mas sagrado del cielo y de la tierra, que ni te habia hecho la mas mínima proposicion, ni ella veia jamas á otro hombre que á mí. Lo mismo me aseguró Beatriz, que tiene traza de buena muger, incapaz de mentir: de modo que sin poderlo remediar, y contra mi propia voluntad, se me fue toda la cólera.

Segun eso, Señor, (exclamé yo no sin algun dolor) dudais de mi sinceridad, desconfiais

fiais de... No, Gil Blas (interrumpió él) te hago justicia. No creo que vayas de acuerdo con mis sobrinos. Estoy persuadido á que solo por buen zelo te interesas en todo lo que me toca, y te lo agradezco. Pero muchas veces engañan las apariencias. Puede suceder que realmente no hubieses visto lo que te parecia ver; y en tal caso considera lo mucho que habré ofendido á Eufrasia tu acusacion. Mas sea lo que fuere, yo no puedo menos de quererla. Así lo manda mi estrella; y para aplacar el enojo de esta pobre muger, me ha sido indispensable hacerla el sacrificio que me pide: este sacrificio solo es despedirte de mi casa. Siéntolo mucho, mi pobre Gil Blas; y Dios sabe quantos esfuerzos la costó á ella, y quanto dolor me costó á mí el dar semejante consentimiento. Lo que te debe consolar es que no saldrás sin recompensa. Fuera de que he pensado ya colocarte con una dama amiga mia, donde tengo por cierto que lo pasarás alegremente.

Quedé mortificadísimo al ver que mi zelo se habia vuelto contra mí. Mil veces maldixé interiormente á la embustera Eufrasia, y otras tantas dí al diablo la flaqueza, ó por mejor decir, la mentecatez de Don Gonzalo en haberse dexado engañar tan facilmente. No dexaba tampoco de conocer el buen viejo, que en despedirme de su casa solo por complacer á su dama no hacia la accion mas honrosa, ni mucho menos la mas varonil. Para compensar su

poco espíritu, y al mismo tiempo hacerme tragar la píldora sin sentir tanto su amargura, me regaló cincuenta ducados, y él mismo me condujo á casa de la Marquesa de Chaves. Díxola en mi presencia, que era yo un mozo de prendas y de talento; que verdaderamente me amaba mucho, mas que por ciertos respetos de familia se veía precisado con dolor á privarse de mi servicio, y la suplicaba con el mayor encarecimiento que me admitiese en el suyo. Desde aquel punto me recibió la Marquesa, y yo me ví de repente con una nueva ama, y en una nueva casa.

CAPITULO VIII.

*Caracter de la Marquesa de Chaves;
y personas que la trataban.*

Era la Marquesa de Chaves una viuda de treinta y cinco años, bella, alta, ayrosa y bien proporcionada. No tenia hijos; y gozaba diez mil ducados de renta. Nunca ví muger mas seria, ni que menos hablase. Con todo eso era celebrada en Madrid, y generalmente reputada por la dama de mayor talento. Lo que quizá contribuía mas que todo á esta universal reputacion, era la concurrencia á su casa de los primeros personajes de la Corte, así en nobleza

co-

como en literatura: problema que yo no me atreveré á decidir. Solo diré que bastaba oír su nombre para formar concepto de un genio superior, y su casa era llamada por excelencia: *el tribunal de las obras ingeniosas.*

Con efecto todos los dias se leían en ella ya poemas dramáticos, ya poesias líricas, pero siempre sobre asuntos serios. Negábase la entrada á toda pieza cómica. La mejor comedia, el romance ó la novela mas ingeniosa, mas alegre y mas verosimilmente conducida, todo esto se miraba como una pueril y ligera produccion, que no merecia alabanza alguna. Por el contrario, la mas mínima obra seria, una oda, un soneto, una égloga pasaban allí por el último esfuerzo del ingenio humano. Sucedia tal vez que el público no se conformaba con la decision del *tribunal*; antes bien silbaba las obras que habian sido aplaudidas en aquel areopago.

La Marquesa me hizo maestresala de su casa. Era incumbencia de mi empleo preparar el cuarto de mi nueva ama para recibir las gentes, disponiendo taburetes para las damas, sillas para los hombres, y cada cosa en su respectivo sitio; quedándome despues en la antesala, para anunciar é introducir á los que llegaban. Como todavía no los conocía yo, el primer dia, el ayo ó maestro de pages me hizo compañía en la antesala para decirme el nombre de los que iban entrando, y al mismo tiempo me informaba breve y graciosamente del carácter de cada uno. Llamábase Andres de Molina el tal maestro. Era

TOMO II.

P

na-